

DE LA REGIÓN VACCEA A LA ARQUEOLOGÍA VACCEA



Fernando Romero Carnicero
Carlos Sanz Mínguez
(editores)

**DE LA REGIÓN VACCEA
A LA ARQUEOLOGÍA VACCEA**

Vaccea Monografías, 4

Fernando Romero Carnicero
Carlos Sanz Mínguez
editores

De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea

Valladolid, 2010

Varios trabajos incluidos en el presente volumen se han desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D+i (2004-2007) *Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero* (HUM2006-06527/HIST), del Ministerio de Educación y Ciencia.

Esta publicación ha contado con el apoyo financiero del Ministerio de Ciencia e Innovación a través de la Acción Complementaria para Proyectos de Investigación Fundamental no orientada (HAR2009-07138-E) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*.

© De la presente edición: Centro de Estudios Váceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid

© Fernando Romero Carnicero y Carlos Sanz Mínguez, editores

© De los textos: los autores respectivos

Edita: Centro de Estudios Váceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid

Colabora: Ministerio de Ciencia e Innovación

Maquetación y diseño: Centro de Estudios Váceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid y Eva Laguna Escudero

Impresión: Ochoa Impresores

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-7359-666-4

Depósito Legal: VA-9060/2010

LOS PUÑALES DE FILOS CURVOS EN EL DUERO MEDIO Y ALTO EBRO

A PROPÓSITO DE LOS LLAMADOS TIPO LA OSERA Y VILLANUEVA DE TEBA

ROBERTO DE PABLO MARTÍNEZ
Universidad de Valladolid

Disponiéndose a atacar Aníbal Barca, antes de emprender la guerra contra los romanos, a Salmantiké, ciudad grande de Iberia, llenos de temor los asediados en un principio, prometieron hacer cuanto se les ordenara y dar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Y habiendo levantado aquél el cerco, cambiando de parecer no hicieron nada de lo que habían prometido. Habiendo vuelto en consecuencia Aníbal nuevamente y habiendo ordenado a sus soldados poner mano a la ciudad, con saqueo de sus riquezas, asustándose los bárbaros, completamente se avinieron a salir con un solo vestido los libres, abandonando las armas, las riquezas, los esclavos y la ciudad. Pero las mujeres, creyendo que los enemigos cachearían a cada uno de los hombres al salir, pero que a ellas no las tocarían, llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres.

Plutarco, *Virt. Mul.*, 248e
(traducción de V. Bejarano, 1955: 104)

Así, las mujeres de *Salmantica* hicieron que los puñales de los hombres, ocultos entre sus ropajes, pasaran desapercibidos a los ojos de Aníbal y los cartagineses, que asediaban la ciudad en el 220 a.C., en una campaña previa al ataque del bárquida a Italia. Esta astuta estratagema

desembocaría en el ataque de los guerreros salmanticenses ya provistos de armas, a los centinelas que les vigilaban, mientras el ejército cartaginés saqueaba la ciudad, pudiendo así huir hacia las montañas.

De la misma manera, los puñales meseteños, protagonistas de este trabajo, han pasado desapercibidos para la comunidad científica durante un amplio periodo de tiempo. Aunque las razones de este desconocimiento sean varias, deberíamos destacar entre ellas la escasez de excavaciones arqueológicas llevadas a cabo durante la primera mitad del siglo XX en la cuenca sedimentaria del Duero, en contraposición al alto número de las practicadas en la Celtiberia. Esto unido al hecho de que las necrópolis intervenidas en la periferia meseteña, tales como Monte Bernorio (Palencia) y Miraveche (Burgos), muestren cronologías altas —lo que impedía documentar este tipo de dagas—, a que la necrópolis abulense de Las Cogotas (Cardeñosa) no proporcionara ningún ejemplar, o que la de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), única de la que tan solo se han publicado hasta el momento dos ejemplares, han contribuido al escaso conocimiento y definición de los mismos. Es cierto, con todo, que su identificación como un nuevo tipo de puñal —tipo La Osera—, alejado de los bidiscoidales o de los de frontón, tuvo lugar ya con ocasión de la publicación de la Zona VI de La Osera, al haberse hallado uno de los ejemplares citados en la tumba 418 (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 139-140 y 184-185, lám. LXV-LXVI), si bien dado que se trataba de una sola pieza ello no fue suficiente para que fuera reconocido al nivel de otras armas protohistóricas meseteñas, pasando casi inadvertido durante mucho tiempo como un hallazgo meramente excepcional o anecdótico y llegando a ponerse en duda, incluso —no sin razón— que la hoja y el supuesto pomo de antenas correspondieran a la misma pieza (Quesada, 1997).

Durante la segunda mitad del siglo XX se sucederían los hallazgos, pero al tratarse de piezas aisladas fueron identificadas con alguno de los tipos ya conocidos; este es el caso de la hoja recuperada en la tumba 30 de la necrópolis soriana de San Martín de Utero (García-Soto, 1992) y la de la Dehesa del Rosarito (Cáceres) (Enríquez, 1981; De Griño, 1989) consideradas como pertenecientes a un ejemplar de tipo Monte Bernorio, o del ejemplar de la Cueva de Cofresnedo (Matienzo, Cantabria) (Bohigas, 1986-1987; Peralta, 2000) contemplado como un bidiscoidal. El panorama cambiaría a partir de la década de los ochenta con la excavación de la necrópolis burgalesa de La Cascajera en Villanueva de Teba.

Allí los trabajos arqueológicos permitieron exhumar algo más de una treintena de tumbas, muchas de las cuales contenían este tipo de puñal; su publicación en las dos décadas siguientes (Ruiz Vélez y Elorza, 1997; Ruiz Vélez, 2005), permitió su definición como un nuevo tipo al que se le denominó Villanueva de Teba.

Ello no obstante ha dado pie a un nuevo problema: el de su denominación; en efecto contamos con la inicial otorgada por J. Cabré, M.E. Cabré y A. Molinero —La Osera— (1950: 184-185), con la asimilación por Quesada (1997: 295) a su tipo VII y, finalmente, la propuesta por Ruiz Vélez (2005) —Villanueva de Teba—. Ante este hecho se nos plantea una triple alternativa: mantener el nombre originario, optar por el del yacimiento que más ejemplares ha aportado hasta el momento u otorgarle una nueva, con el fin de rehuir la referencia a yacimientos epónimos e identificarlo con algún aspecto destacado de su morfología, tal y como ocurre con los puñales de frontón o con los biglobulares, recientemente rebautizados por Kavanagh (2008) como bidiscoidales. Si optamos por esta última vía es por no introducir una imagen equívoca sobre el origen y difusión del tipo; y habida cuenta que el mismo se caracteriza por tener hoja pistiliforme proponemos su denominación como “puñal de filos curvos”. Pretendemos con ello no aumentar la confusión, sino ofrecer, de una vez por todas, una solución a un problema que podría enquistarse.

El hallazgo de una tumba pintiana como pretexto

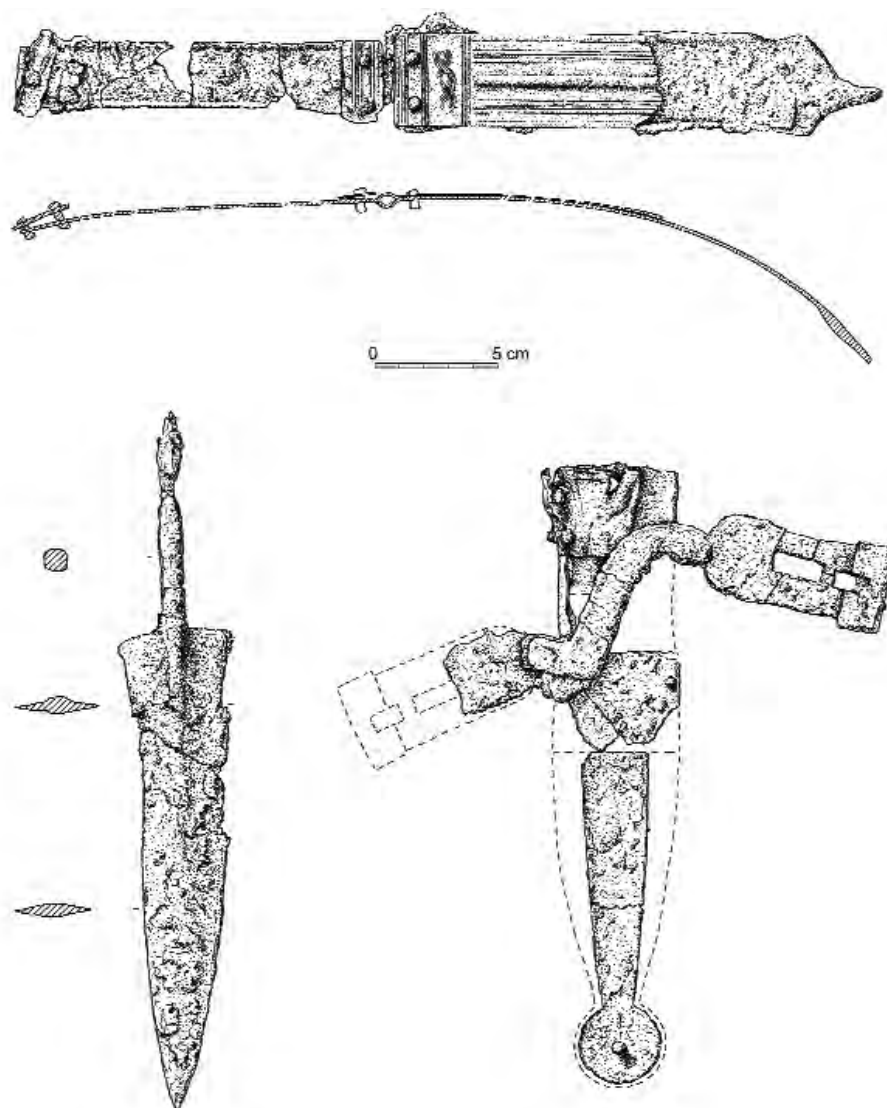
Este trabajo parte del hallazgo, en junio de 2008, de la tumba 150 de la necrópolis de Las Ruedas (Fig.1) de la ciudad vaccea de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid). La tumba, localizada en un hoyo de tendencia oval y ligeramente alterada en su parte superior, no mostraba objetos cerámicos excepcionales, pues contaba con una serie de vasos hechos a torno: una cratera, los fragmentos de una copa de fuste alto, y un cuenco de sencilla factura, las tres en pasta fina anaranjada, además de cuatro ollas toscas, una de las cuales sirvió como urna cineraria. Su singularidad residía en el ajuar propiamente dicho del difunto, una amplia panoplia guerrera colocada cuidadosamente al lado de la urna compuesta por dos puntas de lanza, un broche de cinturón articulado en hierro, embellecido con una placa de bronce, y un puñal de filos



Fig. 1. Tumba 150, *in situ*, de la necrópolis de Las Ruedas.

curvos junto a varios fragmentos de su vaina (Fig.2). Este último vendría a ser el primer ejemplar en una tumba de dicha necrópolis, alejándose tipológicamente de los habituales puñales Monte Bernorio.

El hallazgo de este puñal dio pie, a su vez, a la revisión de los materiales metálicos hallados en posición secundaria en sectores ya intervenidos del cementerio de Las Ruedas y de alguna tumba alterada de la misma necrópolis. De esta manera, se reconocieron un mínimo de cinco ejemplares más, a partir de un pequeño tahalí —entendiendo por tal las agarraderas que permiten la suspensión del puñal, y no los habitualmente así llamados en relación con los puñales Monte Bernorio— exhumado en la tumba 142 y, ya en posición secundaria, de cuatro virolas —remates de pomo— y otras tantas chapas bronceas características de las vainas, que por su forma y decoración corresponden inconfundiblemente a este modelo. A estas seis piezas vinieron a sumarse otras siete en la campaña de excavaciones de 2009. En las tumbas 185 y 205 se conservaban tanto el propio puñal, como la vaina y el broche de cinturón; por el contrario en las sepulturas 187 (Fig. 5) y 195 tan solo se encontraron las dagas, las cuales, a pesar de su precario estado de conservación, mantenían todavía la guarda y la virola del pomo; un quinto ejemplar fue encontrado en la tumba 211, acompañado de un broche de cinturón con dos placas articuladas y dos puntas de lanza; por úl-



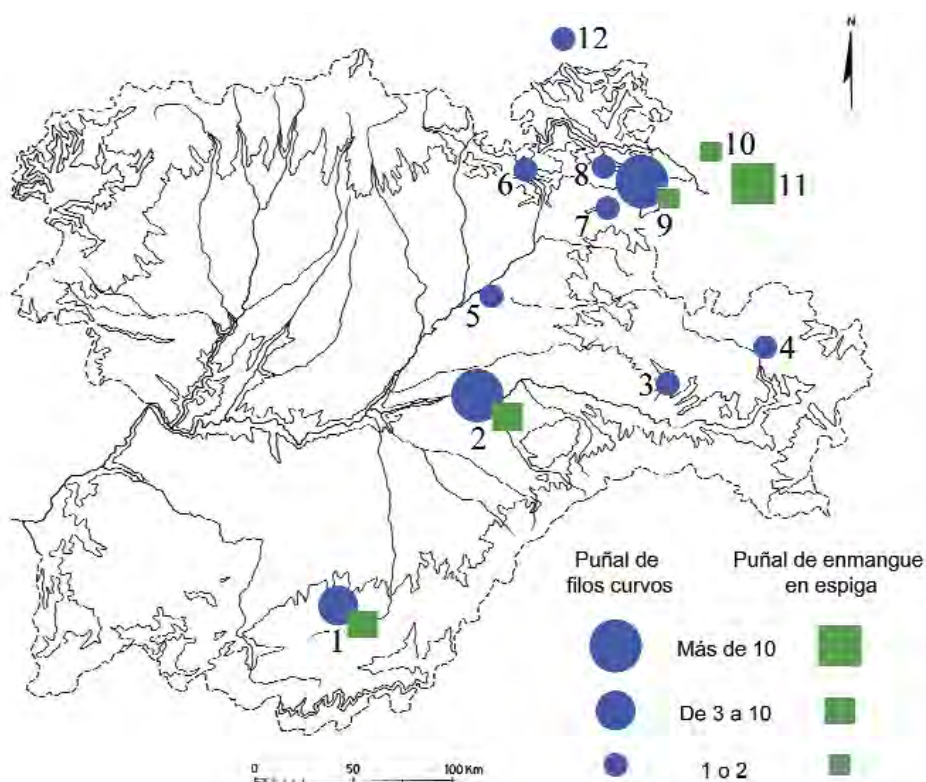
timo, en las tumbas 201 y 210, muy alteradas por la acción del arado, fueron hallados restos de sendas vainas de puñal y, en concreto, fragmentos de una cantonera remachada a la placa broncea del anverso, en un caso, y del reverso, en otra.

Las trece piezas reconocidas hasta el momento en el cementerio de *Pintia* hacen de este yacimiento el segundo en número de ejemplares, tan solo superado por la necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba.

Fig. 2. Puñal de filos curvos, vaina y broche de cinturón con una placa de la tumba 150 de la necrópolis de Las Ruedas. Dibujo A. Rodríguez González.

Allí las excavaciones llevadas a cabo a principios de los años ochenta sacaron a la luz treinta y cinco tumbas, diecinueve de ellas con puñales de filos curvos, aunque dado que dos tumbas presentaban dos ejemplares su número asciende a veintiuno; si sumamos a ellos los hallados en prospección el yacimiento burgalés ha venido a proporcionar aproximadamente una treintena de ejemplares. Fuera de estos dos yacimientos tenemos constancia de puñales de filos curvos, además de en los yacimientos ya citados de la Dehesa del Rosarito (Enríquez, 1981: 48 y 49; De Griño, 1989: 219, fig. 101), la Cueva de Cofresnedo (Bohigas, 1986-1987: 120, fig. 2.3; Peralta, 2000: 72, fig. 29), la necrópolis de San Martín de Utero (un ejemplar en la tumba 30: García-Soto, 1992: 374, fig. 3), o la necrópolis de La Osera —dos ejemplares: uno en la tumba 418 de la Zona VI (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 139-140 y 184-185, lám. LXV-LXVI), otro en la sepultura II del túmulo Z de la Zona I (Baquedano y Escorza, 1996: 185 y 192, fig. 10), y posiblemente restos de un tercero a tenor de lo visto en los materiales sueltos (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: lám. XXXI)—, en la necrópolis de Palenzuela (Palencia) —inédito, debemos su conocimiento a la amabilidad de su excavador, el prof. Martín Valls—, en Numancia —dos piezas: una en la tumba 60 de la necrópolis (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 64.6, donde se da como de tipo indeterminado) y otra en el campamento del Molino, atribuida al tipo bidiscoidal (Luik, 2002: 87; fig. 91, 6)— y una vaina conservada en el Romisches Germanischen Zentralmuseum la ciudad de Mainz en Alemania, de origen hispano desconocido, dada a conocer como de un *pugio* romano (Fernández Ibáñez, 2008: 106, Lámina VI). Finalmente restos del puñal o los elementos de suspensión proceden de los yacimientos burgaleses de la necrópolis de Fuentesanz II (Monasterio de Rodilla) (Abásolo, Ruiz Vélez y Rodríguez, 2003-2004: 141, figs. 3.10, 6.1 y 6.3), la necrópolis de Soto de Bureba (Ruiz Vélez, Sanz Serrano y Parzinger, 2002: 319-321, fig. 6), y Peña Amaya (Bohigas, 1986-1987: fig. 13.9), a los que habría que añadir un broche de cinturón custodiado en la Colección Fontaneda (Castillo de Ampudia, Palencia), interpretado como un tahalí de tipo Monte Bernorio (Sanz Mínguez, Escudero y Fontaneda: 82, Fig. 2), del que sus autores ya decían que “corresponde a un tahalí incompleto ... de la tipología bernoriana, de su *fase de expansión* o más avanzada.”

Todo ello nos da una dispersión geográfica para nuestros puñales en torno a la cuenca media del Duero y el Alto Ebro (Fig. 3), área que



parece reproducir aquella por a que se distribuyeron los ejemplares Monte Bernorio en su fase de expansión (Sanz Mínguez, 1997: 437 y 438, fig. 227). Dato este que, lejos de ser inocente, parece revelador en cuanto al origen del mismo, como veremos más adelante.

Morfología y características

Los puñales de filos curvos (Fig. 4) presentan una gran complejidad estructural, superando en este campo a otros modelos de cronología similar, caso de los bidiscoidales, a la vez que una gran uniformidad en cuanto a hoja y vaina, la cual desaparece cuando nos referimos a las empuñaduras, y particularmente a las virolas que rematan los pomos, que presentan una gran variabilidad. Sus particulares características permiten otorgarles carta de naturaleza como un nuevo tipo, compuesto por cuatro partes bien definidas:

Fig. 3. Mapa de dispersión. 1. La Osera (Charmartín de la Sierra, Ávila); 2. Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid); 3. San Martín de Ucero (Ucero, Soria); 4. Numancia (Garray, Soria); 5. Palenzuela (Palencia); 6. Peña Amaya (Amaya, Burgos); 7. Fuentesanz II (Monasterio de Rodilla, Burgos); 8. Honzar (Soto de Bureba, Burgos); 9. La Cascajera (Villanueva de Teba, Burgos); 10. Carasta (Caicedo Sopena, Álava); 11. La Hoya (Laguardia, Álava); 12. Cueva de Cofresnedo (Matienzo, Cantabria).



Fig. 4. Puñal de filos curvos de la tumba 11 de La Cascajera (Ruiz Vélez, 2005).

- el puñal propiamente dicho, que consta de hoja con espiga, guarda, puño y pomo rematado por una virola;
- vaina, a la que se le añade en su parte trasera una pieza en S que reforzaría la suspensión;
- tahalíes, que en número de dos harían la función de unir la vaina con un cinturón articulado;
- broche de cinturón, rematado en un garfio, al que se unen placas articuladas mediante bisagras.

Los puñales

Todos los ejemplares hallados hasta el momento presentan un mismo tipo de hoja, pistiliforme, con nervadura central —no siempre—, sección plana, y hombros levantados, que suelen formar ángulo recto con la espiga, generalmente de sección rectangular, sobre la que se montaría la empuñadura (Fig. 5). De manera común, en la superficie de la hoja y paralelamente a los filos, aparecen finas acanaladuras que nacen en los hombros y mueren en la nervadura central en el tercio inferior de la hoja. Estas, fabricadas íntegramente en hierro de gran calidad (Ruiz Vélez, 2005: 18), presentan unas medidas que varían entre los 17 y los 24 cm de longitud, sin incluir la espiga, y entre los 4 a 6 cm de anchura máxima.

La espiga, solidaria a la hoja, tiene unas medidas que van desde los 10 a los 15 cm, sin guardar en ningún caso proporción con la longitud de la hoja. Por su parte, las empuñaduras, montadas sobre la espiga, se componen de tres piezas: guarda, puño y pomo. La guarda, conservada en pocos ejemplares, consiste en dos láminas —la del anverso de bronce y la del reverso en hierro— unidas mediante dos pernos en sus extremos, que ejercerían presión sobre algún elemento orgánico —madera o hueso—, quedando así embutida en la espiga. La guarda, aunque cubre ligeramente la base de la hoja, no va unida a esta mediante remaches, como ocurre en los puñales bidiscoidales, lo que nos puede dar una pista a la hora de reconocer un ejemplar de hoja pistiliforme que no haya conservado la empuñadura. El puño estaría realizado en material orgánico —excepcionalmente chapado de bronce como veremos a continuación— e iría embutido en la espiga, por ello tan solo restan los anillos bronceos que servirían además de para agarrar dicho elemento orgánico a la espiga, para separarlo de la guarda y el pomo. Únicamente te-

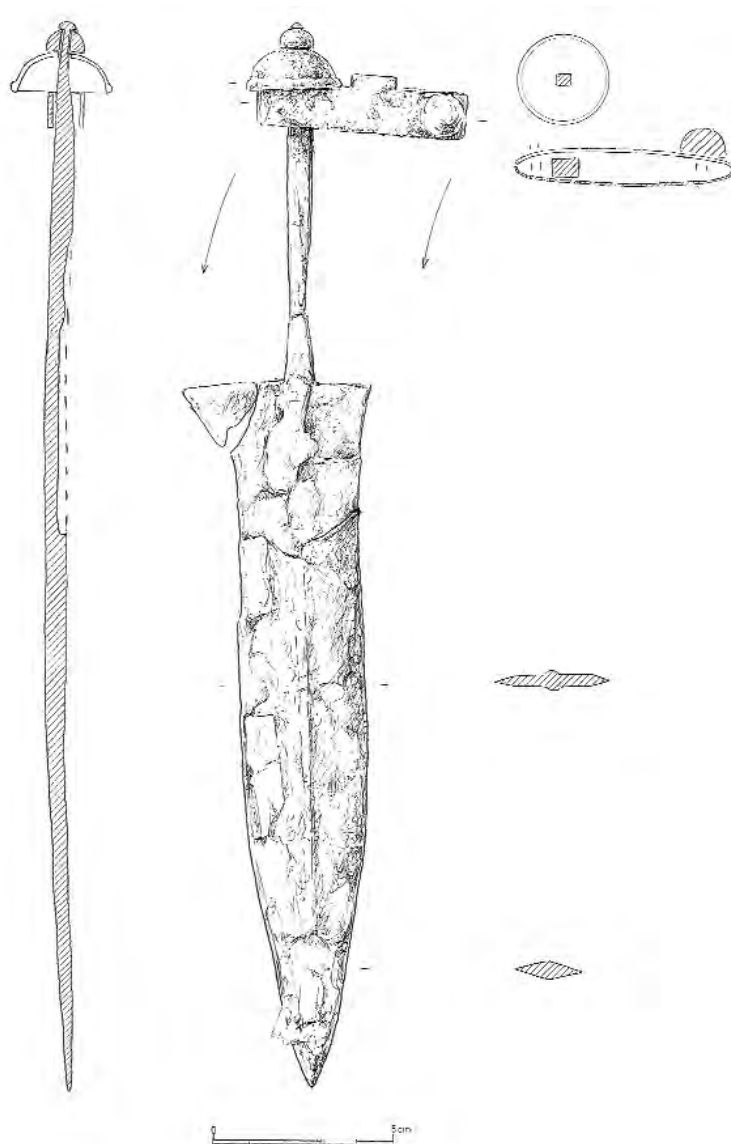


Fig. 5. Puñal de filos curvos de la tumba 187 de la necrópolis de Las Ruedas. La guarda se encuentra desplazada de su posición, hallándose junto a la virola que remataría el pomo. Dibujo L. Pascual Repiso.

nemos constancia de un puño conservado entero, el del puñal de la tumba 11 de la necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba (Ruiz Vélez, 2005: 20-23, fig. 7, Lam. IV), en el que seis láminas rectangulares de bronce, decoradas mediante un resalte en zig-zag, sujetas por dos anillos igualmente de bronce, cubren la espiga. Por último el pomo, generalmente montado a partir de varias piezas de bronce y alguna en ma-

terial orgánico, constituye la pieza más atractiva, a la vez que la más compleja. Ruiz Vélez (2005: 21 y 22) ha diferenciado cuatro tipos a tenor de las virolas que lo rematan: pomo formado por cilindros de bronce, de virola semiesférica, de virola hemisférica y cuerpo cóncavo, y finalmente de virola esférica y casquete de bronce. Tipología que aún acertada, obvia señalar que en las tres últimas variantes tan sólo conocemos la virola que remataría un pomo, hecho en materia orgánica y hoy desaparecido; por ello dicha tipología no sería sobre tipos de pomos, sino sobre las variantes de las virolas que los rematan. Incluso el pomo de grandes antenas propuesto para la tumba 418 de la Zona VI de la necrópolis de La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 139-140 y 184-185, lám. LXV-LXVI), no sería tal, por lo que coincidimos con Quesada (1997: 295), cuando dice que se trataría de un elemento muy arcaico en comparación con el resto de la pieza.

Las vainas

Las vainas (Fig. 6), caracterizadas como decíamos antes por una gran uniformidad, están constituidas por tres grandes piezas —una guía o cantoneras de hierro, y dos láminas metálicas— unidas entre sí con pernos de hierro con cabeza semiesférica en bronce. La guía, realizada en hierro y de sección en U o V, esboza la forma sinuosa de la hoja a excepción de la contera donde perfila un pequeño disco, protegiendo así el filo y la punta del arma. Por su parte las láminas, colocadas por encima de la guía en ambas caras, cierran herméticamente la funda, dejando oculta toda la superficie de la hoja, aunque no la totalidad de la guía, pues presentan dos ensanchamientos, a modo de puentes, en la emboadura y en la parte central de las láminas donde unen con dos pernos a la guía. Las láminas, de bronce generalmente y decorada mediante líneas paralelas la del anverso, y de hierro y lisa la del reverso, rematan en la base en sendos discos que ocultando la guía conforman una contera discoidal hueca. Finalmente, en la parte trasera de la funda se colocaría una pieza en S —aunque recta en algunas ocasiones—, para la suspensión del puñal; unida mediante remaches a la chapa del reverso y con una inclinación de 45° respecto al eje de la vaina, estaría rematada en sus extremos por dos anillas en las que, como veremos a continuación, engancharían dos pequeños tahalies metálicos. Esta inclinación, indica el lugar de suspensión de la vaina, colocada en el costado izquierdo del combatiente, lo que facilitaría el desenfunde del arma.

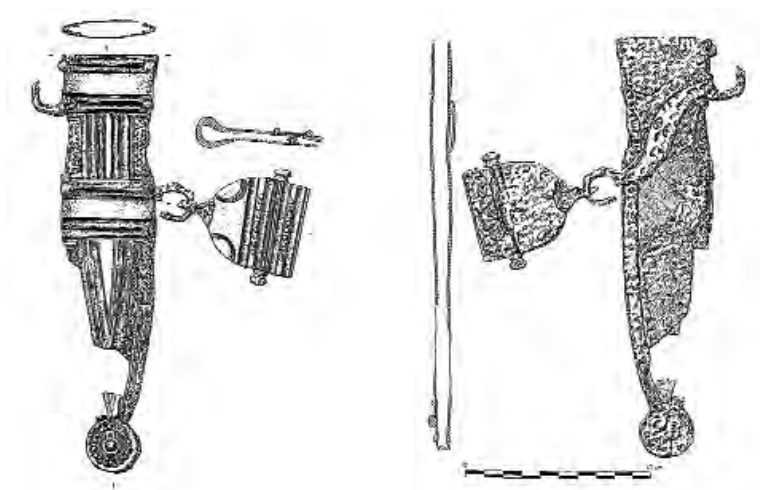


Fig. 6. Vaina con tahalí de la tumba 4 de La Casajera (Ruiz Vélez, 2005).

Los tahalíes

Los tahalíes (Fig. 6), dos en cada vaina, son pequeñas piezas compuestas por dos placas de hierro o bronce y hierro, unidas entre sí por uno o dos remaches, y una argolla del mismo metal que engancharía a una de las dos anillas de suspensión de la vaina, uniendo así la vaina al cinturón. En algunas ocasiones estos pequeños tahalíes están chapados en bronce y presentan una decoración de líneas paralelas, círculos concéntricos, triángulos rellenos de perlitas, y pequeños botones. El extremo contrario a la argolla puede tener una bisagra o estar rematado en ángulo recto sin ningún otro complemento, enganchándose directamente mediante los dos remaches a la correa del cinturón.

Los broches y placas de cinturón

Por último, y completando el conjunto del puñal, estarían los broches y placas de cinturón (Fig. 7). Estas piezas, con formas alargadas, rectangulares y curvadas presentan en sus extremos unas bisagras o charnelas —con pasadores de hierro rematados con botones de bronce— que permiten ensamblar unas con otras formando un cinturón, a excepción del broche propiamente dicho que remata en su extremo distal en un gancho o garfio que permitiría quitar y poner el cinturón, y la última placa que finaliza en una presilla donde fijaría una correa de cuero. Esta

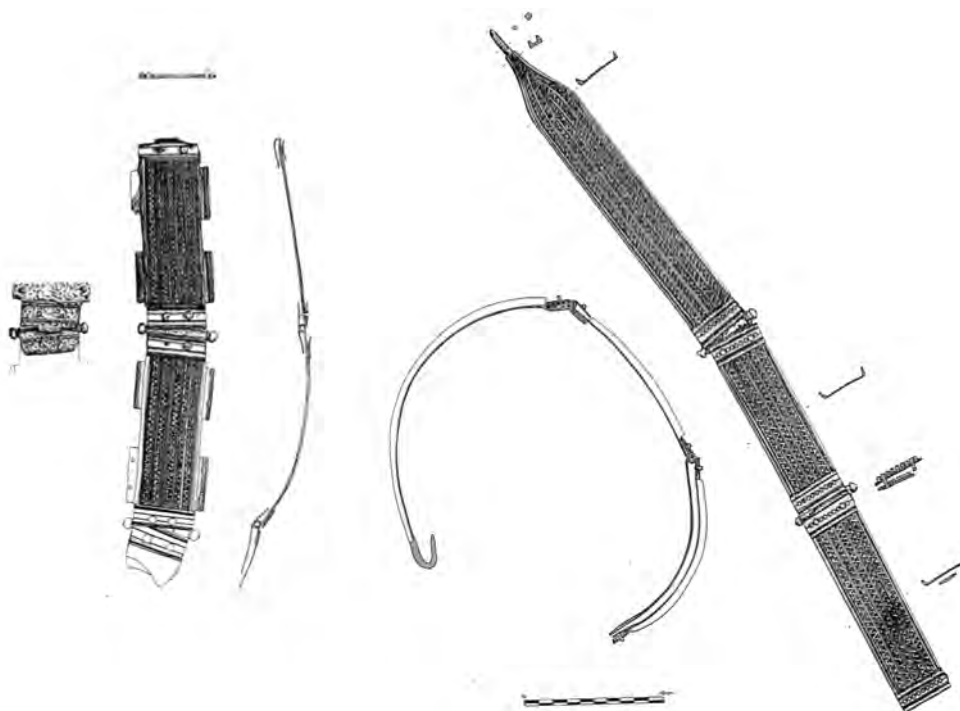


Fig. 7. Broche y placas de cinturón de la tumba 26 de la necrópolis de La Cascajera (Ruiz Vélez, 2005).

pieza está normalmente presente en las sepulturas que cuentan con puñales de filos curvos, siendo variable el número de placas que la integrarían, aunque lo normal es que se documenten una o dos placas además del broche. El cinturón se completaría con una pieza de cuero que engancharía a la última placa articulada; conclusión lógica si tenemos en cuenta que la dicha placa se remata con una presilla, compuesta por una pequeña lámina rectangular metálica unida a la ella mediante remaches. Sin embargo, es posible que algunos de estos broches y placas llegaran a formar un cinturón articulado completo, aunque no se haya encontrado ninguno hasta el momento.

Los broches de cinturón suelen tener una anchura de entre tres y cuatro centímetros, anchura que puede mantenerse o ser reducida en las placas. Estas piezas, a excepción de las hechas enteramente en bronce, presentan una base de hierro, a veces con dos crestas en los bordes, sobre la que se montarían láminas de bronce y excepcionalmente chapitas de oro y bronce, remachadas en el primer caso o encajadas en el segundo. Las decoraciones que encontramos en estas piezas consisten en bandas

longitudinales de triángulos rellenos de perlitas, cuya sucesión crea un efecto de zig-zag, siendo esta la decoración más común y extendida; se conocen además ejemplos en los que el ornato se consigue a base de líneas paralelas horizontales, alternadas con baquetones, como se observa en la pieza de la tumba 150 de la necrópolis pintiana de Las Ruedas (Fig. 2), así como lacerias, eses entrelazadas o botoncitos, motivos los dos últimos localizados sobretudo en los bordes y embellecedores de las bisagras.

Origen y cronología

A finales del siglo III a.C. los puñales Monte Bernorio, con una vida de aproximadamente dos centurias, dejaban de fabricarse, desapareciendo del panorama armamentístico, algo que queda reflejado entre otros lugares en la necrópolis burgalesa de La Casajera, donde su presencia es casi residual y contamos hasta el momento con el ejemplar de la tumba 22 y algunas piezas sueltas halladas en posición secundaria (Ruiz Vélez, 2005: 8-13, fig. 1.1, Lám. I y II). A partir del siglo II a.C. apreciamos como van siendo reemplazados por los de filos curvos, lo que nos lleva a preguntarnos cómo ocurrió la desaparición de unos y el origen de los otros.

Hasta cierto punto puede ser complicado rastrear la génesis de un puñal que se extiende geográficamente por un área en la que los modelos que le preceden cronológicamente, en este caso los Monte Bernorio, distan mucho de parecerse estéticamente a él. Dar respuesta a dicho interrogante abre dos posibilidades: que se trate de una pieza foránea importada desde otras áreas, o que sea fruto de una profunda transformación de las piezas locales y que hubiera sido en los talleres de los artesanos de la cuenca media del Duero donde se produjo dicha transformación. A este respecto parece poco probable la primera hipótesis, ya que fuera del territorio meseteño son prácticamente nulos los hallazgos de este tipo de puñal, tal y como anteriormente ocurría con los Monte Bernorio, además las características que presenta el puñal de filos curvos son ajenas a cualquier otro arma del mismo tipo. Optamos por tanto por la segunda alternativa, pues aunque las diferencias entre uno y otro sean evidentes a simple vista, pensamos que los puñales de filos curvos fueron resultado de un complejo proceso de cambio, llevado a cabo en

los talleres de aquellos artesanos que en el pasado habían montado los puñales Monte Bernorio. En este sentido, conviene tener presente que no se trata de la simple desaparición de unos puñales o de su sustitución por otros de factura más novedosa, sino de una transformación progresiva, auspiciada por influjos externos —a partir de los puñales de frontón, tal vez de los bidiscoidales y las espadas de antenas atrofiadas—, evoluciones locales y, sobre todo, por las nuevas modas y necesidades que imperarían en esos momentos, que desembocará en la aparición del nuevo tipo.

Es este un proceso de largo recorrido en el que podremos ir rastreando, a través de modelos intermedios, los sucesivos pasos que culminarán en la forja de las nuevas piezas. A continuación expondremos, de manera pormenorizada, cada una de las etapas o momentos que dieron lugar a los puñales de filos curvos; conviene esclarecer, sin embargo que ello no ha de entenderse en el sentido de que constituyan las fases evolutivas del puñal, sino de los pasos que hemos podido reconocer entre la desaparición de los Monte Bernorio y el surgimiento de los puñales que estamos tratando.

Transformaciones iniciales en el tipo bernoriano

En el siglo III a.C. los puñales Monte Bernorio habían alcanzando su punto álgido en lo que a extensión se refiere (Sanz Mínguez, 1997: 437 y 438, fig. 227). En esos momentos hacían acto de presencia no solo en el Duero Medio y en el Alto Ebro, donde hacía más de un siglo que sus artesanos los fabricaban, sino que habían alcanzado el foco vettón, donde magníficos ejemplares damasquinados de conteras tetralobuladas y discoidales, encontraban cabida en las necrópolis abulenses de La Osera y Las Cogotas. Es precisamente en esta fase de expansión cuando se atestiguan los primeros indicios de cambio resultado de las influencias que habrían ejercido sobre ellos las espadas de antenas atrofiadas, tanto las de tipo Atance como las de tipo Arcóbriga. Será así en este primer momento, y debido dichas influencias, cuando el puñal comience a modificar algunos de los elementos de su morfología, tales como el pomo y la hoja, aunque guardando todavía sus rasgos distintivos. Aparecerán los pomos de discos, que recuerdan a las antenas atrofiadas por su disposición horizontal —algo ya percibido por Sanz Mínguez (1997: 435)— y se distancian de los tradicionales pomos naviformes que habían

identificado este tipo de puñal hasta el momento. Por su parte, las hojas también presentarán innovaciones, tanto en su forma como en sus dimensiones; surgen ahora las hojas pistiliformes, que convivirán con aquellas de perfil triangular y las estranguladas en el tercio inferior características de épocas anteriores, al tiempo que todas ellas ven aumentar su longitud y anchura llegando a alcanzar respectivamente entre 17-18 cm y los 4 cm. Interesa destacar sobre todo el ensanchamiento de la hoja, sin precedentes en los puñales bernorianos donde venía oscilando entre 2 y 3 cm, y no tanto en su alargamiento, pues dichos puñales llegaban a presentar hojas de en torno a 20 cm en su fase de desarrollo; este proceso que se inicia en los últimos modelos, va a continuarse en los ejemplares de empuñadura en espiga y culminará en los de filos curvos en los que llega a alcanzar entre 4 a 6 cm de anchura, al tiempo que la hoja puede llegar a tener 24 de longitud. Ello, como más adelante tendremos ocasión de comentar, conllevará modificaciones en el resto del conjunto del puñal.

Ejemplares bernorianos con estas características han sido hallados en la sepultura 28 —sector N45-4— de la necrópolis palentina de Palenzuela (Martín Valls, 1984: fig. 14), en las tumbas 287, 288 y 1304 de la necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1932: 58-59 y 130, Lám. LXX, LXXI y LXXII), o en la tumba 158, todavía inédita, de la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas. Conviene aclarar, con todo, que estos cambios tan solo significaron el inicio del proceso, y que no afectaron a todos los ejemplares de la fase de expansión; se mantienen además los grandes pomos naviformes, las hojas de puñal estranguladas en su tercio inferior y las de pequeñas dimensiones, por lo que los puñales Monte Bernorio siguieron conservando todas las características que le otorgaban carta de naturaleza.

Finalmente, y como paso previo a cuanto ocurrirá a continuación, algunos de los últimos ejemplares bernorianos —que cabría incluso calificar de residuales— ven aumentado todavía más el tamaño de sus hojas, y por consiguiente de sus vainas, al tiempo que estas últimas ofrecen una contera anormalmente reducida; ello les otorga un perfil diferente y más próximo al de los puñales que vendrán a continuación. Esto puede apreciarse en el puñal de la tumba 44 de la necrópolis de Miraveche (Schüle, 1969: fig. 144; Griño, 1989, 191-192, fig. 74, Lám. XLIV a, b y c), que conserva una hoja de 4,5 cm de anchura —que completa pudo alcanzar los 5 cm— y una longitud de 19,5 cm, aunque llegaría

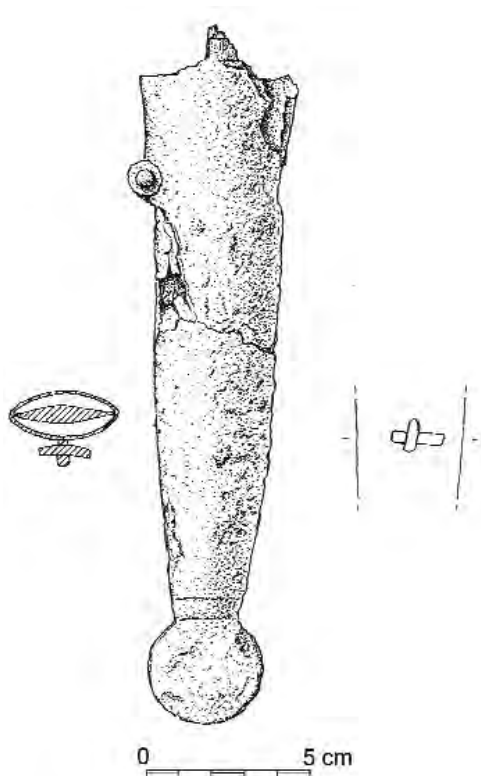


Fig. 8. Puñal de tipo Monte Bernorio hallado en posición secundaria de Las Ruedas. Dibujo A. Rodríguez González.

fácilmente a los 20; además presenta una vaina con una contera de unos 3 cm de diámetro, lejos de los 5 cm que tienen otros ejemplares Monte Bernorio de la fase de expansión. Otro ejemplar con estas características procede también de la necrópolis de Miraveche, en concreto de la tumba 22 (Schüle, 1969: fig. 22; Griño, 1989: 177-179, fig. 59, Lám. XXXI a y b, Lám. XXXII a); un tercero se recuperó en una sepultura del cementerio de La Hoya (Alonso, Cerdán y Filloy, 1999: 88-91, fot. 13); finalmente, otro, que damos a conocer ahora, fue hallado en posición secundaria en la necrópolis pintiana de Las Ruedas (Fig.8).

La etapa de los grandes cambios

En un segundo momento tienen lugar los cambios más drásticos del proceso: los nuevos elementos introducidos harán que se desvirtúen

los puñales Monte Bernorio, hasta el punto de dar como resultado un modelo distinto, que Filloy y Gil (1997: 139 y 149)¹ denominan de enmangue en espiga.

Este tipo de puñal constituye, a nuestro juicio, un modelo transicional o intermedio entre los puñales Monte Bernorio, protagonistas de los dos siglos anteriores —IV y III a.C.—, y los puñales de filos curvos, que predominarán durante las dos centurias siguientes. Serían, bajo nuestro parecer, hibridaciones o experimentos, con base en los modelos bernorianos, llevados a cabo durante las últimas décadas del siglo III a.C. y principios del siglo II, perviviendo algunos de ellos hasta bien entrado este último. Habrían sido desarrollados por los mismos artesanos que en su día armaban los Monte Bernorio y que en un momento dado advirtieron como iban calando y adaptándose a sus producciones, con el fin de mejorarlas, elementos propios de otras armas —como los puñales de frontón o las espadas de antenas atrofiadas— hasta que finalmente terminó por imponerse un modelo con unas características mucho más homogéneas y definidas que el de enmangue en espiga que ahora comentamos, y este sería el puñal de filos curvos.

No es de extrañar por ello que estos ejemplares presenten una escasa estandarización y rasgos propios, lo que se demuestra en la gran variedad formal; no quita ello sin embargo, para que estos mantengan unas características comunes en lo que a la vaina, el enmangue y las dimensiones de las hojas, se refiere, razón por la cual, aunque bien es verdad que a partir exclusivamente de los aparecidos en La Hoya (Filloy y Gil, 1997: 144 y 145), se han contemplado como un tipo diferente.

Los puñales presentan hojas con formas pistiliformes, triangulares (Filloy y Gil, 1997: 144) o estranguladas en el tercio inferior —tumba 173 de la necrópolis de Las Ruedas (Fig.9)—, herencia todas ellas de los puñales Monte Bernorio, aunque con unas dimensiones ligeramente superiores a las de la etapa anterior, pues oscilan entre los 17 y 21 cm de longitud y en torno a los 4-5 cm de anchura máxima. La empuñadura es, por su parte, el elemento más complejo del arma, estando construida

¹ Sin embargo no coincidimos con los autores cuando dicen que corresponderían a la misma familia que los puñales de frontón. A nuestra opinión no se les podría asociar a una misma familia ya que estas piezas no fueron fabricadas por los mismos artesanos, como más adelante apuntaremos. Asimismo acogemos las altas cronologías dadas por los autores, mediados del siglo IV a.C., con algunas reservas, tal y como en su momento lo hiciera Esparza (1991-1992: 543), Sanz Mínguez (1997: 438), además de otros autores, que ven más acertadas cronologías algo más tardías.

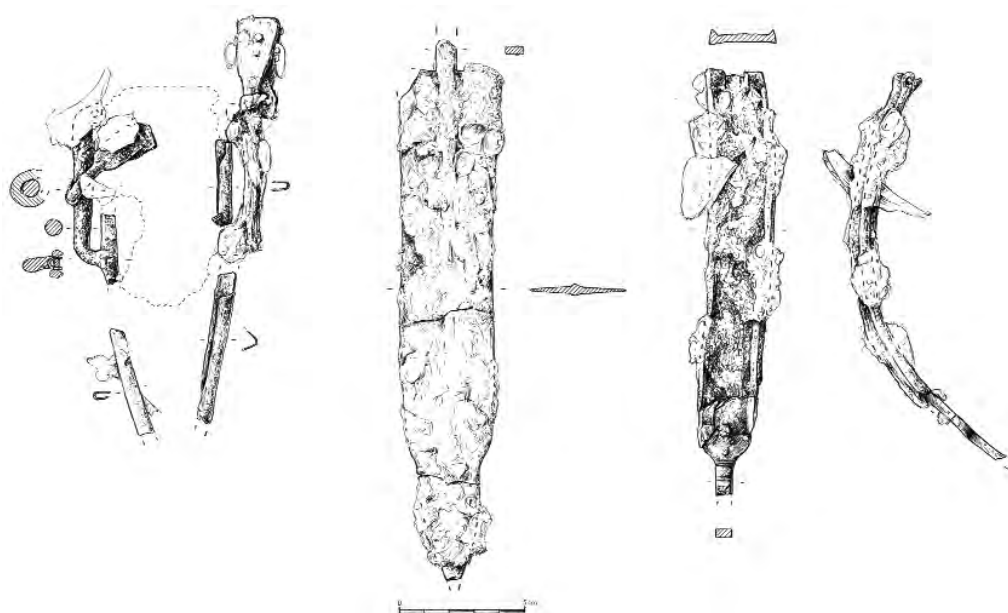


Fig. 9. Puñal de empuñadura en espiga, vaina y broche de la tumba 173 de la necrópolis de Las Ruedas. Dibujo L. Pascual Repiso.

sobre una espiga de sección rectangular, y formada por una guarda, de similar aspecto a las piezas naviformes bernorianas (Fig. 10), un puño y un pomo de bronce de morfología variable; elementos estos tres últimos que, indistintamente y aun en su conjunto están ausentes en ocasiones, dado que sin duda alguna debieron fabricarse con materiales perecederos. Si tales empuñaduras compuestas por tres elementos construidas sobre una espiga, de sección rectangular, al igual que las formas de las hojas constituyen una reminiscencia de los puñales Monte Bernorio —rasgo, el de la espiga y los tres elementos de la empuñadura, que mantendrán así mismo los puñales de filos curvos— se observan también en ellas influencias tanto de los puñales de frontón —en el remache que muestran algunos puñales a la altura del puño²—, como de

² En relación con este punto es llamativo el caso del puñal de la tumba 33 de la necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba (Ruiz Vélez, 2005; 15-17, fig. 3, Lám. III), el cual no solo muestra un remache a la altura del puño sino que une dos láminas, una de bronce y otra de hierro, que conforman, a un mismo tiempo, el pomo y el puño a ambos lados de la espiga, tal y como se construyen en los puñales de frontón; sin embargo, la guarda sigue siendo maciza, al estilo de las guardas naviformes.

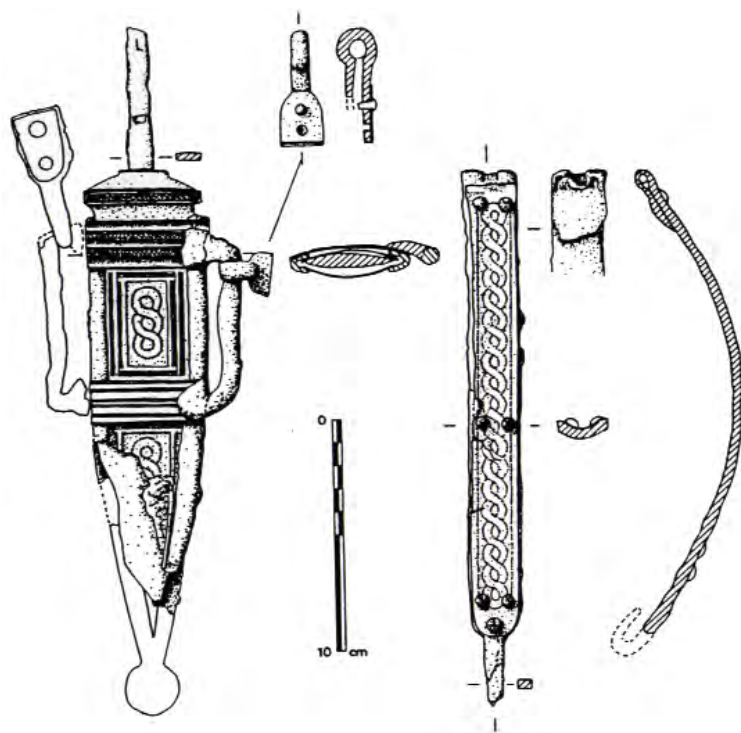


Fig. 10. Puñal de enmangue en espiga de la necrópolis de La Hoya (Fillo y Gil, 1997).

las espadas de antenas atrofiadas —con algún pomo que imita dichas antenas (Fillo y Gil; 1997: fig. 5.1)—.

El cambio más notorio tiene lugar en la vaina, apareciendo ahora, en sustitución de las anteriores de dos valvas, las de armazón con cantoneras unidas por puentes, bastante más ligeras y económicas. Este cambio debió de estar motivado por el aumento de las dimensiones de las hojas, ya que, de haberse continuado con las antiguas fundas Monte Bernorio, el material requerido para la fabricación de valvas con un tamaño suficiente para cubrir la superficie de las nuevas hojas hubiera sido mucho mayor, aumentando en consecuencia el peso de la funda, lo que terminaría por no ser económico ni funcional; ello podría explicar también las conteras discoidales y la reducción de su tamaño. Las nuevas vainas, mucho más ligeras, si bien es verdad que constituyen una adaptación de las de los puñales de frontón o las espadas de antenas atrofiadas, no por ello dejan de presentar características propias. Así, estarán constituidas por un armazón de cantoneras de hierro de sección en U, unidas en la embocadura y en la parte central por dos puentes de

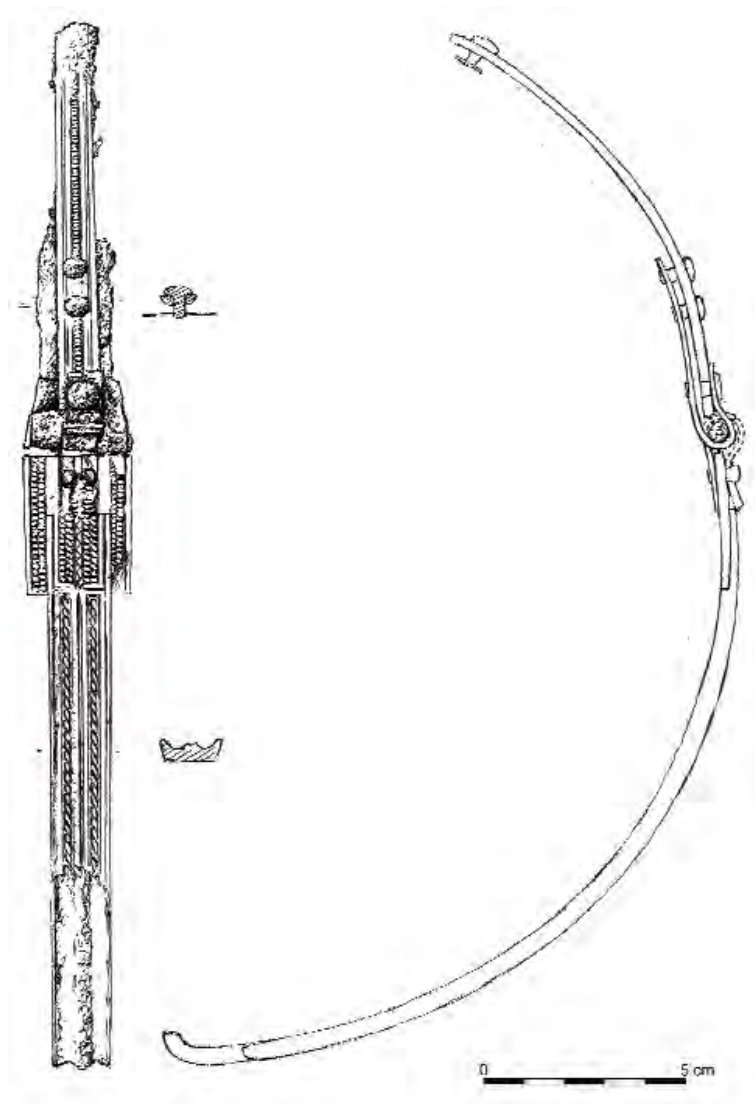


Fig. 11. "Tahali" articulado de la tumba 109 de la necrópolis de Las Ruedas. Dibujo A. Rodríguez González.

bronce o hierro y rematadas por una contera discoidal hueca, herencia esta última de algunos ejemplares los modelos bernorianos. Con todo, en ocasiones, la vaina se cierra con chapas bronceíneas encajadas en el interior de las cantoneras, preludiando cuanto ocurrirá en las vainas de los puñales de filos curvos, si bien en estos últimos dichas chapas se colocan al exterior conformando una sola pieza con los puentes. En los laterales de la funda, unidas mediante pernos a los puentes, se disponen

dos asas de las que penderían sendos tahalíes o agarraderas —similares morfológica y funcionalmente a los de puñales de filos curvos—. Estos últimos, de hierro y chapados algunas veces en bronce, están constituidos por una argolla y dos chapas entre las que se remacharía una correa de cuero, indicando que estos puñales se llevarían en la cintura. Las asas, por su parte, casi exclusivas de este modelo —se conocen algunas excepciones, prácticamente anecdóticas, en los ejemplares bidiscoidales—, son consecuencia de la adaptación de la vaina a un sistema de suspensión diferente; en efecto, en tanto los puñales de frontón y bidiscoidales se portaban suspendidos mediante un tahalí de cuero, cruzado al pecho a modo de bandolera, los de enmangue en espiga, aun compartiendo vainas de cantoneras con ellos, hubieron de incorporar asas y tahalíes metálicos con el fin de ser suspendidos del cinturón.

Completarían el conjunto de la panoplia los habitualmente llamados tahalíes³ —en estas piezas es donde mejor se refleja la continuidad entre unos y otros puñales—; de forma rectangular, alargados y curvados, cuyos extremos distal y proximal estarían rematados, respectivamente, por un gancho y una bisagra o charnela, que permitiría conseguir una pieza articulada (Fig. 9 y 10). La deuda de estos broches articulados respecto a los “tahalíes” Monte Bernorio es evidente, como pone de manifiesto la similitud entre el ejemplar de la tumba 30 de la necrópolis de Las Ruedas, asociado a un puñal Monte Bernorio (Sanz Minguez, 1997: 81, fig. 72) y otro de la de La Hoya (Fillo y Gil, 1997: 150, fig. 3) vinculado a un puñal de enmangue en espiga (Fig. 10); ambos están chapados en bronce, presentan forma y construcción análoga —sección cóncava y con los remaches colocados en los mismos lugares— y ofrecen la misma decoración a base de lacerias. No obstante, entre ambos

³ A nuestro juicio, como ya hemos señalado páginas atrás, las piezas tradicionalmente así llamadas son broches de cinturón y no auténticos tahalíes, pues entendemos por tales los elementos que permiten la suspensión del arma, ya sea en bandolera o pendiente del cinturón —y como acabamos de comentar—, hecho no comprobado en ningún caso en relación con los que vienen llamándose tahalíes, los cuales sin embargo cuentan con un garfio que permite contemplarlos como un broche de cinturón. Asimismo en la representación de un combate singular en el valle del Côa (Lorrio, 2008: 258, fig. 3.1) uno de los dos guerreros porta en su cintura un puñal que, por el gran desarrollo que muestra su pomo, nos atreveríamos a pensar que corresponde al tipo Monte Bernorio; caso parecido ocurre en la diadema de Moñes (López, 1977), donde los guerreros portan en el cinturón, y dispuesto de manera horizontal al igual que en valle del Côa, puñales con vainas de contera discooidal que nuevamente nos hacen pensar en los puñales Monte Bernorio, algo que no hace más que ratificar lo que venimos diciendo.



Fig. 12. Broche de tipo Monte Bernorio de la tumba 100 de la necrópolis de Las Ruedas. En detalle las dos fracturas del broche. En la primera de ellas se puede observar los dos remaches y la lamina en el reverso que remienda la fractura.

tipos se pueden observar algunas diferencias: mientras los Monte Bernorio de la fase de expansión son generalmente de una sola pieza, aunque pueda distinguirse en ella dos partes —una distal de mayor anchura y grosor y otra proximal más fina y estrecha—, los asociados a los puñales de enmangue en espiga han individualizado dichas dos partes mediante una bisagra, consiguiendo así una pieza, articulada y más flexible. Pese a todo, y con carácter excepcional, algunos de los últimos modelos bernorianos cuentan con una bisagra entre la parte distal y la proximal, como ocurre en una pieza de la necrópolis de La Hoya (Alonso, Cerdán y Filloy, 1999: 85-88, fot. 11), o en el hallado en la tumba 109 de la necrópolis de las Ruedas (Sanz Mínguez, 2007: 83-86) (Fig. 11), por lo que cabe decir que la articulación de estas piezas se generalizó al tiempo que los puñales de enmangue en espiga.

Como venimos diciendo, la introducción de una charnela o bisagra permitiría seguir desarrollando unas piezas que llevaban experi-

mentando un proceso de alargamiento paulatino desde su aparición junto a los primeros puñales Monte Bernorio; un proceso que se frenó con los ejemplares de la fase de expansión, que superaban los 30 cm de longitud, y con creces en algunas ocasiones. Estas últimas piezas, aunque habían ganado en espectacularidad respecto a los precedentes, se habían vuelto más frágiles, dada su rigidez y longitud, hasta el punto de llegar a romperse; así ocurrió con el broche de la tumba 100 de la necrópolis de Las Ruedas (Fig. 12), —de ¡49 cm de longitud!—, que presentaba dos fracturas, de antiguo, con sus respectivas reparaciones. En definitiva, la articulación de estas piezas constituyó una respuesta a su progresivo alargamiento, evitando así su ruptura y haciéndolas más funcionales.

Por último, y por lo que a la distribución geográfica de los puñales de enmangue en espiga se refiere, estos han sido hallados en la tumba 33 de la necrópolis de La Casajera (Ruiz Vélez, 2005: 15-17, lám. III, fig. 3), en la tumba 173 de la de Las Ruedas (Fig. 9) y restos de otros dos en las sepulturas 44 (Sanz Mínguez, 1997: 109, fig. 105) y 151, en la tumba 59 de la Zona VI de La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 91 y 183-184, fig. 10 centro izquierda) —amén de al menos dos ejemplares más, recientemente publicados, aunque sin indicación de procedencia (Baquedano y Escorza, 2008; fig. 5)—, en dos de los depósitos de la necrópolis de Carasta (Caicedo Sopeña, Álava) y en la de La Hoya donde se han hallado una veintena de ellos (Fillooy y Gil, 1997: 139, 140 y 141, fig. 3 y 5.1). Una dispersión que, en tanto similar a la de los otros dos modelos de puñal que venimos tratando, no vendría sino a incidir en los vínculos existentes entre ellos.

La consolidación del puñal de filos curvos

Finalmente, a principios del siglo II a.C., uno de estos experimentos o hibridaciones anteriores terminó por imponerse a los demás. Nace así el puñal de filos curvos, con rasgos bien definidos y estereotipados.

Desaparecen ahora las hojas triangulares y de tercio inferior estrangulado, manteniéndose las pistiliformes, con dimensiones algo superiores a las que hemos venido viendo, llegando a alcanzar incluso los 23-24 cm de longitud y los 6 cm de anchura. Por otro lado, las hojas muestran habitualmente entre cuatro y seis finas acanaladuras paralelas a los filos; acanaladuras que esporádicamente encontrábamos ya en algunos puñales de enmangue en espiga —como muestra un ejemplar de

la necrópolis de La Hoya (Alonso y López, 2007: 62, figs. 7 y 8), donde se disponen paralelas al nervio central— pero que presentan ahora una disposición similar a la que documentamos en las espadas de antenas atrofiadas de los tipos Atance y Arcobriga —tal y como vemos una vez más, por ejemplo, en La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 176-180 y 180-181, lám. XLVI y lám. XXXIV, XXXVIII, XLI, L y LXXIX respectivamente) o en Las Cogotas (Schüle, 1969: figs. 112-113 y 116)—, lo que podría sugerir su posible influencia.

La empuñadura seguirá construyéndose mediante tres elementos —guarda, puño y pomo—, muchas veces bronceos, sobre una espiga de sección rectangular, que se mantiene desde los Monte Bernorio. En la vaina pervivirán una construcción y unos elementos similares a los de los puñales de empuñadura en espiga, como la contera discoidal —hueca en todos los casos—, las cantoneras de hierro y la cubrición en bronce en el anverso y hierro en el reverso; a destacar, en cualquier caso, una diferencia importante en relación con este último aspecto, ya que los puentes y las láminas de cubrición en bronce y hierro se funden ahora en una sola lámina entera que cumple ambas funciones: cubrir la hoja y unir el armazón de cantoneras. Por su parte, en el sistema de suspensión desaparecen las grandes asas laterales, que son sustituidas por dos anillas, unidas por un elemento en S, de las que penderían dos tahalíes, casi idénticos a los que hemos visto en los puñales de empuñadura en espiga.

Finalmente, y por lo que se refiere a los broches de cinturón, estos continúan alargándose mediante placas unidas por bisagras, pudiendo llegar a constituir en algunos casos auténticos cinturones metálicos. Asimismo se generalizará en estas piezas el chapado en bronce sobre una base de hierro, manteniéndose las decoraciones —aunque en este caso troqueladas y grabadas y no damasquinadas técnica que parece desaparecer con los Monte Bernorio— de líneas rectas paralelas y de lacerias, aunque predominará la de triángulos rellenos de perlitas, motivo este último que ya veíamos en algunas vainas bernorianas de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 211, fig. 192.981), así como en otras de puñales de empuñadura en espiga, caso de la tumba 33 de La Cascajera (Ruiz Vélez, 2005: 17, fig. 3), o de la ya referida de La Hoya (Fillooy y Gil, 1997: 149 fig. 3).

En definitiva, los broches de cinturón de los puñales de filos curvos constituyen la continuación de las piezas anteriores —los “tahalíes”

vinculados a los puñales de empuñadura en espiga que, como vimos pueden a su vez relacionarse con los últimos Monte Bernorio— pues ofrecen no solo sus mismas características estructurales —broches con placas unidas mediante charnelas o bisagras, que en este caso puede que se sucedan más de una— y formales —piezas rectangulares curvadas rematadas en su extremo distal por un gancho o garfio—, sino que además continúan y se generalizan el sistema decorativo del chapado en bronce y los motivos ornamentales.

La evolución tipológica entre estos tres tipos de puñales que acabamos de comentar se ve respaldada desde una doble vertiente: la cronológica y la geográfica. Los tres presentan una misma dispersión geográfica, centrada en la cuenca media del Duero y el Alto Ebro. Y se hallan en tumbas de diferente y sucesiva cronología, siendo los conjuntos funerarios en los que están los Monte Bernorio los que aportan fechas más antiguas, y aquellos en los que aparecen puñales de empuñadura en espiga o de filos curvos los que proporcionan dataciones más modernas. Es más, entre aquellas que presentan estos dos últimos modelos podemos otorgar una mayor antigüedad a los que incluyen ejemplares de empuñadura en espiga, dada su asociación a puñales de frontón en el depósito 3 de la necrópolis de Carasta (Fillo y Gil, 1997: 141) o su aparición en otra de La Hoya junto a un Monte Bernorio de la fase expansión (Fillo y Gil, 1997: 141)⁴, lo que demuestra además un solapamiento entre los Monte Bernorio y los de empuñadura en espiga. Mayor interés ofrece la tumba 33 de la Cascajera —aquella que incluye el único ejemplar seguro de un puñal de empuñadura en espiga documentado en dicho cementerio, en el que como es sabido imperan los de filos curvos—, contemplada por Ruiz Vélez (2005: 15) como un conjunto de cronología antigua dentro de la necrópolis, cuyo inicio fecha entre finales del siglo III y principios del II a.C.

Y aún habríamos de preguntarnos por las razones que motivaron las profundas transformaciones en un arma como el puñal Monte Bernorio —con una trayectoria de en torno a dos siglos y justo cuando había alcanzado su punto álgido, en cuanto a decoración y ostentación, durante la fase de expansión— para dar lugar al puñal de empuñadura en es-

⁴ Suponemos que, por las características de los puñales Monte Bernorio que dichos autores describen para la mencionada necrópolis, se trate de ejemplares de la fase de expansión; en cualquier caso, eso es lo que cabe extraer a partir de los dibujos y fotografías que proporcionan. No obstante, su reserva a la hora de proporcionar determinados datos obliga a asumirlos con prudencia.

piga, en un primer momento, y, apenas unas décadas más tarde, al de filos curvos.

En este sentido, aunque podríamos apuntar que tales modificaciones tuvieran por finalidad hacer frente a la competencia de otros modelos que, como los de frontón o los bidiscoidales, pudieran resultar más atractivos, o incluso al intento de hacer que se pareciesen a las espadas —a juzgar por algunas modificaciones advertidas a lo largo de todo el proceso, tal y como hemos visto—, nos decantamos como argumento principal por el funcional: conseguir, como veremos a continuación, una pieza más efectiva.

Durante las últimas décadas del siglo III a.C., momento en que fechamos el inicio de las transformaciones, los ejércitos mediterráneos hicieron acto de presencia en la Meseta, primero los cartagineses, con la expedición de Aníbal por tierras vettonas y vacceas en el 220 a.C. (Sánchez Moreno, 2000 y 2008), y posteriormente, en el año 193 a.C., los romanos por territorio carpetano, con toma de *Toletum* donde vencería a una coalición de vettones, vacceos y celtíberos (Salinas, 1986-1987: 30; 2008). Estos ejércitos mediterráneos introdujeron una nueva forma de hacer la guerra, cambiando al tiempo el concepto que estas poblaciones tenían de ella, al mostrar una cara mucho más cruenta y feroz. Frente a la lucha a muerte o las largas expediciones propias de estos ejércitos mediterráneos, las comunidades indígenas meseteñas no parece que conocieran la guerra mucho más allá de *razzias* o pequeñas expediciones de saqueo y a lo sumo alguna pequeña contienda entre un par de centenares de infantes. Esto haría que algunas armas, y en particular los puñales, se modificaran para adecuarse a las nuevas exigencias del combate —sobre el particular y en relación con los iberos: Quesada, 2009: 122-125—; así, como hemos tenido ocasión de ver páginas atrás, los cambios sufridos por los puñales van orientados a conseguir un arma más manejable, eficaz y funcional, en definitiva, más letal. En este sentido, ha de entenderse la desaparición de los grandes pomos naviformes, la sustitución de guardas con aristas punzantes por piezas metálicas u orgánicas con acabados menos agresivos o la aparición de vainas de armazón de cantoneras más ligeras que las de valvas, y sobre todo el aumento de las dimensiones de las hojas y la imposición de las pistiliformes, menos resistentes a la hora de penetrar y por lo tanto más efectiva.

En resumen, bajo nuestro punto de vista, se trata de un proceso de cambio totalmente intencionado con el objetivo de conseguir un puñal más funcional en batalla que el Monte Bernorio, que si no es un arma de

parada, es, frente a cuanto piensan algunos autores (Filloy y Gil, 1997: 143 y 144), un puñal escasamente práctico (Sanz Mínguez, 1997: 446).

Desarrollo e imagen del puñal

El puñal de filos curvos se va a desarrollar a lo largo del siglo II y gran parte del I a.C., hasta la caída del mundo indígena por la conquista romana. Ello queda constatado en el mundo vacceo por la asociación de estas piezas con objetos cerámicos fechados en torno a las dos últimas centurias antes de la Era (Sanz Mínguez, 1997: 280-308 y 312-314; Blanco y Górriz, en estas mismas páginas); así en la necrópolis de Las Ruedas, en la que estos puñales aparecen siempre en estrecha asociación a las urnas cinerarias, se acompañan de cerámicas hechas a torno, cocidas en fuego oxidante y, en ocasiones decoradas con pinturas: jarras de pico tal y como se constata en las tumbas 185 y 195, anforetas en las sepulturas 195 y 205, un cuenco con protomos de caballo pintados en la 211 y una cantimplora en la 187; y de cerámica negra bruñida, asimismo hecha a torno, en la tumba 205.

Por otro lado la tumba 418 de la necrópolis de La Osera, en la cual se halló un puñal de filos curvos, corresponde a la Zona VI del cementerio, sector sobre la que se alzó la muralla del tercer recinto de La Mesa de Miranda, cuya construcción viene fechándose en torno a mediados de siglo II a.C. (Martín Valls, 1985: 129; Álvarez-Sanchís, 2000: 164, y 2007: 239-244); fecha que nos proporciona una referencia *ante quem* para nuestros puñales.

Los ejemplares hallados hasta el momento llevan a pensar en un tipo muy homogéneo a lo largo del tiempo, pues varían muy poco la morfología de los elementos que los componen y los motivos que los decoran. Así, tan solo podemos hablar de ciertas variables en la virola que remataría el pomo, lo que, como ya señalábamos con anterioridad llevo a distinguir hasta cuatro tipos (Ruiz Vélez, 2005: 21-22), en la existencia o no de elemento en S o en las decoraciones de los broches de cinturón. Es por eso por lo que, a día de hoy, es prácticamente imposible intentar ver una evolución dentro del mismo, si es que la hubo, a la manera que hiciera en su momento Sanz Mínguez (1997) en relación con los Monte Bernorio; no obstante, habremos de mostrar cierta cautela

a la espera de la restauración de las piezas halladas en la campaña de 2009 en Las Ruedas.

Por último, y sin pretender ser exhaustivos no queremos obviar algunas referencias o posibles representaciones de estos puñales. En principio dos son los conjuntos iconográficos en los que creemos documentado el puñal de filos curvos: las esculturas de los llamados “guerreros galaicos” y las acuñaciones monetales de Publio Carisio, en particular los denarios acuñados en *Emerita Augusta*.

En las esculturas de los guerreros, documentamos como estos portan puñales directamente enganchados al cinturón (Quesada, 2003: 103), faltando por tanto el característico tahalí de cuero de iberos y celtíberos, lo que permite descartar que se traten de ejemplares de tipo bidiscoidal. En lo que respecta a las vainas, se representan generalmente las de armazón de cantoneras —insinuándose algunas veces los puentes—, rematadas en una contera discoidal muy marcada, al estilo de las características de los puñales de filos curvos; además, muestran una inclinación hacia adelante, que pudiera obedecer, como apunta Quesada (2003: 104), al hecho de que la mano apoye sobre la empuñadura o, lo que consideramos más lógico, a la que esa sea posición real del puñal. Abundaría asimismo en su identificación con los puñales que nos ocupan el que el cinturón muestre varias partes —en torno a cuatro— que, unidas algunas veces por series de líneas verticales paralelas, nos recuerdan a las placas articuladas mediante bisagras de los puñales de filos curvos. Insistiendo en ello, y haciendo un pequeño esfuerzo, las bandas o baquetones que, en número de dos o cuatro, se disponen horizontalmente a lo largo del cinturón, tal y como vemos, por ejemplo en uno de los guerreros de Lezenho (Calo, 2003: 13, lám. 17 y 18) no pueden por menos que recordarnos las decoraciones que ofrecen los broches y placas de cinturón. Nada podemos decir, sin embargo, acerca de los broches de los cinturones, pues estos, salvo en el caso de otro de los guerreros de Lezenho (Calo, 2003: 12, lám. 14.b y 21), quedan ocultos tras la *caetra*; en el caso citado, parece abrochar en el costado izquierdo del guerrero donde muestra una terminación apuntada que recuerda el extremo distal; algo similar puede apreciarse en el costado derecho de esta misma escultura (Calo, 2003: 12, lám. 15.b), pese a la fractura que presenta aquí, aunque por morir el extremo apuntado en el puñal nos de-

cantamos ahora por pensar que el mismo corresponda al tahalí que, como se recordará, presenta un remate similar al de los broches.

Los puñales que vemos representados en estos guerreros muestran, como vemos, importantes analogías con los de filos curvos, lo que nos permite pensar que sean precisamente estos los reproducidos en las esculturas. Este dato se vería apoyado por otro lado por el hecho de que los guerreros porten un tipo de escudo, cóncavo, del tipo que menciona Estrabón (III, 3, 6) para los lusitanos y que tenemos bien documentado iconográficamente entre los vettones —placa de cinturón de la sepultura II del túmulo Z de la Zona I de La Osera, en la cual, como se recordará apareció también un puñal de filos curvos— y entre los vacceos —pomo del puñal Monte Bernorio de la tumba 28 de la necrópolis de Las Ruedas— (Quesada, 1997: 523-525 y 527-528, figs. 304 y 305); unas relaciones que encuentran un punto de conexión en los grabados portugueses del valle del Côa (Quesada, 2003: 92, fig. 2) donde se representa un combate singular entre dos guerreros que empuñan, como en el broche y el pomo mencionados, escudos cóncavos y lanzas (Lorrio, 2008: 258, fig. 3.1) —uno de ellos muestra además, como apuntábamos más atrás, en su cintura un puñal—. Y todo ello sin olvidar que la asociación entre puñales de filos curvos y escudos cóncavos queda demostrada arqueológicamente en diferentes tumbas la necrópolis de La Casajera (Ruiz Vélez, 2005: 31-38, tabla IV). Un único hecho podría contravenir nuestra propuesta de que el puñal que llevan los guerreros sea el que estudiamos: el que lo porten en el costado derecho, en tanto que los nuestros debieron disponerse, a juzgar por los elementos de suspensión, en el izquierdo; aspecto este en el que coincidimos con Quesada (2003: 103) cuando señala lo contradictorio de este dato en el mundo céltico y se pregunta, desde el título mismo de su artículo, si estas esculturas no serían espejos de piedra.

El segundo soporte en el que parecen reproducirse los puñales son las monedas de Publio Carisio —legado de Augusto que participaría en las campañas contra astures y cántabros, y por lo tanto concedor del armamento indígena—, y particularmente en algunos de los denarios acuñados en *Emerita Augusta* a comienzos del último tercio del siglo I a.C. Estos presentan, en el anverso, la cabeza de Augusto a la derecha o a la izquierda con la leyenda IMP CAESAR AVGVSTVS, y, en el reverso, armas indígenas a modo de trofeo, con la leyenda P CARISIUS LEG PRO PR (Santos Yanguas, 2003: 173); entre de ellos nos interesan



Fig. 13. Denario de *Emerita Augusta*, acuñación de Publio Carisio.

particularmente los correspondientes a la serie séptima de la segunda emisión, en cuyo reverso aparecen un casco, entre un puñal y un hacha bipenne (García-Bellido y Blázquez, 2001: 123, donde el puñal se identifica como cuchillo). Los puñales representados en dichos denarios (Fig. 13), de hoja indudablemente pistiliforme, tienen un pomo ancho y rectangular que, en ocasiones parece estar rematado por un círculo a modo de virola, un puño recto, carente del nudo central que permitiría pensar en ejemplares bidiscoidales, y una guarda igualmente recta, razones todas ellas que nos inclinan a pensar que nos encontramos, una vez más, ante un puñal de filos curvos.

Consideraciones finales

Tras los hallazgos de puñales de filos curvos en la necrópolis padillense de Las Ruedas, el que en un principio parecía un arma exclusiva del área autrigona, viene a erigirse como el tipo predominante en el Alto Ebro y Medio Duero a lo largo de las dos últimas centurias antes de la Era.

Hasta no hace tanto la historiografía ha venido defendiendo que en dicho territorio los puñales de tipo Monte Bernorio, característicos de las dos centurias precedentes —siglos IV y III—, habrían sido sustituidos a comienzos del siglo II a.C. por los bidiscoidales, aun cuando estos solo parecen haberse generalizado en el Alto Duero, con algunas proyecciones por el área vettona y muy dudosa presencia en el Alto Ebro y Medio Duero. En relación con lo dicho en último lugar y aunque en un mapa de dispersión reciente de los puñales bidiscoidales puedan apreciarse varios puntos en el territorio meseteño (Kavanagh, 2008: 10-12, fig. 2), convendría tener en cuenta la dificultad de vincularlos a las poblaciones indígenas ya que se trata de yacimientos campamentales romanos o, en su defecto, de emplazamientos que, aunque prerromanos en origen, los han proporcionado en sus niveles ya romanos, caso del palentino de Monte Cildá, y, aun incluso, de difícil adscripción al tipo como ocurre con el ejemplar de la tumba 54 de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez, 1997: 124-129 y 448-449), ya que no presenta los hombros oblicuos, ni esta perforada la base de la hoja para colocar una empuñadura metálica de la que tampoco se ha conservado nada. Por lo que el nuevo panorama parece desplazar estas piezas celtibéricas por unas de

fabricación local, y con técnicas constructivas diferentes fruto de otros artesanos.

A lo largo de estas páginas creemos haber argumentado como en los dos últimos siglos antes de la Era y en las tierras del Duero Medio y Alto Ebro fueron los puñales de enmangue en espiga, en primer término, y los de filos curvos, después, los que jugaron un papel similar al de los bidiscoidales en la Celtiberia. A partir de la segunda mitad del siglo III a.C., empiezan a operarse en los puñales Monte Bernorio algunas transformaciones, que desvirtúan el modelo —aumento del tamaño de las hojas y aparición de las de forma pistiliforme, surgimiento de los pomos de dos discos y reducción de las conteras discoidales de las vainas—, dando paso al nacimiento de un nuevo tipo, el puñal de enmangue en espiga, al introducirse, a su vez, nuevos elementos —vainas de armazón de cantoneras y en consecuencia un sistema de suspensión diferente, mediante pequeños tahalies metálicos, al tiempo que sigue aumentando el tamaño de las hojas y los broches se alargan y articulan mediante bisagras—; el nuevo modelo, de no muy larga vida dado su carácter experimental, dio lugar finalmente, tras nuevas modificaciones —generalización de las hojas pistiliformes que ahora presentan acañaladuras, en las vainas aparecen las láminas de cubrición enterizas, al tiempo que incorporan, para el refuerzo de su suspensión, el elemento en S en su reverso, finalmente en los broches aumenta el número de placas, hasta convertirse en algunas ocasiones en auténticos cinturones, a la par que se generaliza la decoración del chapado en bronce—, al puñal de filos curvos.

Todo este proceso, desarrollado en los talleres locales, se vio propiciado por influjos externos, a partir de los puñales de frontón y las espadas de antenas atrofiadas, y, sobre todo, por los requerimientos que imponía un nuevo sistema de combate mucho más agresivo e intenso que introdujeron los ejércitos del Mediterráneo. Es así como surgieron, tal y como hemos visto, dos nuevos tipos de puñales: los de enmangue en espiga y los de filos curvos que, aunque contemporáneos a los bidiscoidales, se diferencian claramente de ellos tanto por sus características morfológicas como por su dispersión geográfica. Ello creemos obliga a dejar de incluirlos en la llamada “familia bidiscoidal”, término que, en todo caso, debería ceñirse únicamente a las producciones celtibéricas y referirse, por tanto, a los puñales bidiscoidales y de frontón.

Bibliografía

- ABÁSULO, J. A., RUIZ VÉLEZ, I. y RODRÍGUEZ, A. (2003-2004): “El conjunto arqueológico de *Alto de Rodilla* (Monasterio de Rodilla, Burgos)”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIX-LXX, pp. 115-146.
- ALONSO LÓPEZ, J. y LÓPEZ SEBASTIÁN, P. (2007): “Armas Negras en la Protohistoria de la Península Ibérica. Restauración y Caracterización Morfoestructural”. *Akobe*, 8: pp.60-64.
- ALONSO LÓPEZ, J., FILLOY NIEVA, I. y CERDÁN, R. (1999): *Nuevas técnicas metalúrgicas en armas de la II edad del hierro: arqueometalurgia y conservación analítica en la necrópolis de La Hoya (Laguardia, Álava)*. Vitoria: Diputación Foral de Álava, Departamento de Cultura.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R. (1999): *Los Vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1.
- (2007): “El poblado fortificado de la Mesa de Miranda y su relación con el poblamiento prerromano del Valle del Amblés (Ávila)”. En L. Berrocal Rangel y P. Moret (eds.) *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28, pp. 237-254.
- BAQUEDANO, I. y ESCORZA, C.M. (1996): “Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro: La Zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila”. *Complutum*, 7, pp. 175-194.
- (2008): “Sacerdotes vettones: el sol y las estrellas. Un mapa estelar en la necrópolis de La Osera”. En J. Álvarez-Sanchís (ed.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional. Zona Arqueológica, 12, pp. 311-320.
- BEJARANO, V. (1955): “Fuentes antiguas para la historia de Salamanca”. *Zephyrus*, 6, pp. 89-119.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986-1987): “La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la Cuestión”. *Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-1987, pp. 119-138.
- CABRÉ, J. (1931): “Tipología del puñal, en la cultura de “Las Cogotas”. *Archivo Español de Arqueología*, XXXI, pp. 221-241.
- (1932): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II. La necrópoli*, Madrid: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120.
- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ MORÁN, M.E. y MOLINERO, A., (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional, Comisaría de Excavaciones Arqueológicas. Acta Arqueológica Hispánica, V.
- CALO LOURIDO, F. (2003): “Catálogo”. *Madridier Mitteilungen*, 44, pp. 6-32.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (1981): “Dos falcatas ibéricas y un puñal en la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz”. *Revista de Estudios Extremeños*, XXXVI, 1, 1981, pp. 47-51.
- ESPARZA ARROYO, A. (1991-1992): “Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fibulas de la Edad del Hierro de la Meseta española”. *Zephyrus*, 44-45, pp. 537-552.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (2008): “Dagas del ejército altoimperial en *Hispania*”. *Gladius*,
- FILLOY NIEVA, I. y GIL ZUBILLAGA, G. (1997): “Las armas de las necrópolis celtibéricas de Carasta y La Hoya (Álava, España): Tipología de sus puñales y prototipos del *pugio*”. *Journal of roman military equipment studies*, 8, pp. 137-150.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a.P. y BLÁZQUEZ, C. (2001): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos. II. Catálogo de cecas y pueblos*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Textos Universitarios, 36.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E. (1992): “Tumbas con puñales de tipo Monte Bernorio en la necrópolis de San Martín de Ucero”. En *II Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a Teógenes Ortego y Frías* (19-21

- de octubre de 1989), Vol. 1. Soria: Diputación de Soria, pp. 367-388.
- GRÑO FRONTERA, B. DE. (1989): *Los puñales de tipo Monte Bernorio- Miraveche: Un arma de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero*. Oxford: BAR International Series 504).
- JIMENO, A., TORRE, J.I. DE LA, BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J.P. (2004): *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 12.
- KAVANAGH DE PRADO, E. (2008): “El puñal bidiscoidal peninsular: Tipología y relación con el puñal militar romano (*pugio*)”. *Gladius*, XXVIII, pp. 5-86.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1977): “La diadema de San Martín de Oscos”. En *Homenaje a García Bellido*, III. *Revista de la Universidad Complutense*, 109, pp. 99-108.
- LORRIO, A.J. (2008): “El armamento vettón”. En J. Álvarez-Sanchís (ed.), *Arqueología vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Provincial. Zona Arqueológica, 12, pp. 252-274.
- LUIK, M. (2002): *Die Funde Aus Den Römischen Lagern Um Numantia im Römisch-Germanische Zentralmuseum*. Mainz, Habelt.
- MARTÍN VALLS, R. (1984): “Prehistoria palentina”. *Historia de Palencia*, I, Madrid: 15-53.
- (1985): “Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas”. En J. Valdeón (ed.), *Historia de Castilla y León*, I. La Prehistoria del Valle del Duero. Ámbito, Valladolid, pp. 104-131.
- PERALTA LABRADOR, E. (2000): *Los Cántabros antes de Roma*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 5.
- QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas de la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Montagnac: Éditions Monique Mergoïl. Monographies instrumentum, 3.
- (2003): “¿Espejos de piedra? las imágenes de armas en las estatuas de los guerreros llamados galaicos”. *Madridener Mitteilungen*, 44, pp. 87-112.
- (2009): “La guerra en la Cultura Ibérica”. En M. Almagro-Gorbea (coord.) *Historia Militar de España I. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: Ediciones del Laberinto y Ministerio de Defensa, pp. 111-130.
- RUIZ VÉLEZ, I. (2005): “La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)”. *Gladius*, XXV, pp. 5-82.
- RUIZ VÉLEZ, I. y ELORZA GUINEA, J.C. (1997): “Los puñales de la necrópolis “protohistórica” de Villanueva de Teba (Burgos)”. *Boletín de la Institución Fernán González*, 215, pp. 273-304.
- RUIZ VÉLEZ, I., SANZ SERRANO, R. y PARZINGER, H. (2002): “La Necrópolis de la Segunda Edad del Hierro del Poblado de Soto de Bureba (Burgos)”. *Boletín de la Institución Fernán González*, N° 225, pp. 293-321.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1986-1987): “Indigenismo y romanización de la Carpetania. Observaciones en torno al proceso romanizador del oeste en la Meseta meridional”. *Studia Historica. Historia Antigua*, 4-5 (= *Homenaje al Profesor Marcelo Vigil*, vol. I), pp. 27-36.
- (2008): “La conquista romana de la Meseta occidental”. En J. Álvarez-Sanchís (ed.), *Arqueología vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Provincial. Zona Arqueológica, 12, pp. 392-405.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (2000): “Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.): La apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas”. *Gerión*, 18, pp. 109-134.
- (2008): “De Aníbal a Cesar: la expedición cartaginesa de Salamanca y los vetones”. En J. Álvarez-Sanchís (ed.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional. Zona Arqueológica, 12, pp. 381-393.
- SANTOS YANGUAS, N. (2003): “Las acuñaciones monetales de Publio Carisio, legado de Augusto en Lusitania, y la conquista romana del N.O. peninsular”. *Aquila legionis: cuadernos de estudios sobre el Ejército Romano*, 4, pp. 165-188.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Váceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6.

- (2007): “El équitico de la tumba 109: la confirmación de espacios reservados para la elite en el cementerio de Las Ruedas”. En C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), *En los extremos de la región vaccea*. Catálogo de la Exposición (Cea, León, y Padilla de Duero, Valladolid, 2007), León, Caja España, pp. 83-86.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. Y FONTANEDA BERTHET, C. (1996): “Tres piezas de metalistería prerromana en la colección Fontaneda (Castillo de Ampudia, Palencia)”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII, pp. 79-93.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlin, Walter de Gruyter, *Madridrer Forschungen*, 3.

Índice

7

Cincuenta años de arqueología vaccea
Fernando Romero Carnicero y Carlos Sanz Mínguez

19

Semblanza de Federico Wattenberg
Eloisa Wattenberg García

37

Arqueología del proceso de etnogénesis en la Meseta prerromana: los vacceos
Gonzalo Ruiz Zapatero

65

Los vacceos a través de las fuentes: una perspectiva actual
Eduardo Sánchez-Moreno

105

El colectivismo de los vacceos, entre el mito y la realidad histórica
Manuel Salinas de Frías

123

El poblamiento y el urbanismo vacceos
José David Sacristán de Lama

163

'La Ciudad' de Paredes de Nava y el problema de la identificación de la Intercatia vaccea
Fancisco Javier Abarquero Moras y Fancisco Javier Pérez Rodríguez

193

Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis
Carlos Sanz Mínguez

231

Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia
Cristina Górriz Gañán

257

La cerámica vaccea
Juan Francisco Blanco García

293

La cerámica con decoración a peine: de “fósil guía” a indicador de etnicidad

Jesús Álvarez-Sanchís

319

El armamento vacceo

Carlos Sanz Mínguez

363

Los puñales de filos curvos en el Duero Medio y Alto Ebro.

A propósito de los llamados tipo la Osera y Villanueva de Teba

Roberto De Pablo Martínez

397

¿Existe una joyería vaccea?

José Fabián Cuesta Gómez , Germán Delibes de Castro y Ángel Esparza Arroyo

437

Réplicas en barro de la orfebrería vaccea

Fernando Romero Carnicero y Carlos Sanz Mínguez

467

Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital.

Un estado de la cuestión

Fernando Romero Carnicero

547

Iconografía vaccea: una aproximación a las imágenes del territorio vacceo

Silvia Alfayé Villa





VACCEA

Monografías



Universidad de Valladolid
Centro de Estudios Vacceos
"Federico Wattenberg"



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN